

mismo, igualmente derivado de este escepticismo. Como en autores semejantes a Norton, puede decirse que su pesimismo ético-estético es más temperamental que objetivo, faceta de su compleja personalidad, más rica en contrastes que en aportaciones concretas y provechosas.—E. S.

RECASENS SICHES (Luis): *José Ortega y Gasset*, en «*Rivista Internazionale di Filosofia del Diritto*», XXXIV, V, 1957 (págs. 513-543).

El sabor hispánico de la obra de Ortega y Gasset no se debe a que él tuviese propósito alguno de dar tal color a su pensamiento. Se debe, simplemente, a su valor de autenticidad, por lo que sus páginas habían de reflejar todos los ingredientes y dimensiones de su personalidad.

La *Metafísica* de Ortega aparece ya en germen cuando dice: «Yo soy yo y mi circunstancia». El hombre necesita absolutamente de las cosas, diversamente, el ser, las esencias, necesitan del hombre, al menos en el sentido de que han de ser investigadas por él. Hay algo que es previo al filosofar, que es el hombre, la vida humana. Lo primero que ocurrió a los filósofos al investigar la realidad fué pensar el mundo como algo independiente de nuestro pensamiento. Inversamente el idealismo, al afirmar el yo como realidad radical, suprime el mundo, sin el cual no hay «yo».

Ortega señala dos errores cometidos por Descartes: 1) Haber desconocido la realidad del pensamiento que incluye no sólo un sujeto pensante, sino los objetos pensados. 2) Haber *cosificado* el ser del sujeto. Para Ortega la realidad radical es la vida humana, el sí mismo en y con el mundo. La vida no se nos da hecha, sino que es un hacerse a sí misma. En todo caso la vida es constitutivamente un drama, porque es la lucha por llegar a ser de hecho lo que somos en proyecto.

El hombre no es una cosa; su vida es un puro y universal acaecimiento que acontece a cada uno. Todas las cosas son interpretaciones que da a lo que encuentra, las dificultades o facilidades para existir.

La razón matemática, la razón pura, no es más que una especie de la razón. Unida a la razón matemática y por encima de ella está la *razón vital*, se trata

de una razón narrativa: la razón histórica. Ortega se propuso desde el año 1935 la tarea de encontrar una base a la sociología y a la ciencia histórica, intentando definir con rigor lo social y poner en claro los elementos sociales de la Historia. Puso en evidencia el grado de miseria mental en que el hombre se ha encontrado frente a los fenómenos sociales.

El hecho social más elemental es la percepción del prójimo. En la medida en que yo siento que no estoy solo, que vivo acompañado, en sociedad, mi vivir es convivir. Convivencia y sociedad son términos equivalentes para Ortega. Uno de los más graves errores ha sido confundir la sociedad con la asociación contractual. En toda colectividad humana actúan tanto tendencias asociativas como disociativas. El ser humano es constitutivamente miembro de una colectividad, no sólo exteriormente, sino en lo interno. Ortega clasifica los «modos de vida» en individuales, interindividuales y colectivos. Los primeros son una creación personal del sujeto, los segundos constituyen una relación entre sujetos que tienen en cuenta su propia personalidad; los últimos son impersonales, funcionales, como norma de conducta de un círculo social determinado. Las relaciones interhumanas son diferentes de los fenómenos psíquicos que ocurren en cada participante. La vida social se integra tanto de lo interindividual como de lo colectivo.

Ortega se ocupó también de la historia, el proceso de la civilización y la tradición cultural, así como otros temas fundamentales para la sociología y la filosofía social, tales como la nación, la técnica y particularmente su estudio de las crisis históricas.—R. C. C.

CHAIX-RUY (J.): *Benedetto Croce et la Dialectique Hégélienne*, en «*Les Études Philosophiques*», X, I, 1957 (páginas 21-25).

Croce no ha cesado de reflexionar sobre el pensamiento de Hegel, a quien consagró, en 1906, un libro que permanece muy actual. Cuarenta y tres años más tarde, en unas páginas escritas en 1949, bajo cierta ingeniosa ficción reanuda la confrontación de su propio pensamiento con el del filósofo alemán. Allí precisa que deben recusar, no la dialéctica en sí misma, sino una filosofía que

no ha sabido identificarse plenamente con ella.

Pasando revista a los principales errores de Hegel, le reprocha haber querido formular una «Filosofía de la Naturaleza», siendo así que de sus primeras premisas resulta que la naturaleza no puede ser situada como exterior a la conciencia; ella no tiene realidad fuera de las ciencias naturales.

Pero hé aquí que a esta Filosofía de la Naturaleza se añade otra Filosofía de la Historia, con lo que la compartimentación a que la dialéctica pretendía poner fin, reaparece. Hubiera sido necesario, por el contrario, «hacer filosófica la historia», afirmar su íntima unidad. En fin, la lógica queda, en Hegel, exterior a los movimientos vivos del espíritu.

Reprocha a Hegel que la dialéctica deviene una historia del mundo desde su creación. En ella reaparece aquella trascendencia que Croce tuvo el deseo constante de eliminar.

Finalmente, Croce nos invita a sobrepasar a Hegel, depurando la dialéctica de las impurezas que la alteran. — R. C. C.

GUY (Alain): *Psychanalyse et Histoire dans l'oeuvre de Marañón*, en «Les Études Philosophiques», XII, 3, 1957 (págs. 463-466).

El brillante polígrafo que es Gregorio Marañón, recuerda esos humanistas del Renacimiento, como Leonardo da Vinci, o Tomás Moro, que sobresalían a la vez en todos los órdenes del saber y del hacer. La obra endocrinológica y médica del célebre profesor madrileño es tan conocida como su pensamiento y acción política. También son extraordinariamente notables los demás aspectos de arte magistral de ensayista-filósofo y de biógrafo-caracteriólogo, en los cuales despliega admirables riquezas de erudición, y todo administrándonos útiles lecciones de antropología y sabiduría. La psicología, la biología y la historia se encuentran estrechamente imbricadas en las obras de Marañón, y por añadidura la ética viene siempre a aportar su nota en sus investigaciones de apariencia más puramente estética o científica. Los fundamentos científicos de la obra de Marañón son, por lo demás, de lo más sólido y erudito, y el aparato crítico viene con frecuencia velado por las

gracias literarias de la composición y del estilo. Para mejor comprender este original método haría falta profundizar entre los mejores estudios de Marañón. Los del donjuanismo (verdadera tara del retrasado erótico, por oposición a los celos otelianos del verdadero enamorado) del «pánico instintivo», de la supervaloración sexual que conduce paradójicamente a la inhibición (Amiel), del arte de conocer las personas por la fisonomía (Tiberio y el Conde-Duque de Olivares), etc. Interesante es el estudio de la curiosa obra de Marañón sobre la psicología del vestido y del adorno, elaborada en una perspectiva completamente diferente a la de Carlyle en «Sartor resartus», analizando las necesidades que cubre el vestido, siendo la de menos importancia la de la defensa del frío. Utilizando los estudios prehistóricos, la etnología y el psicoanálisis, Marañón expone vigorosamente el problema del pudor, conquista relativamente tardía de la civilización. Por procedimientos análogos y en una obra que supera a las que estudiando el mismo tema tienen Nietzsche y Scheler, escruta «el resentimiento»; Tiberio sirve de ejemplo en esta pasión de los espíritus agriados. Por otra parte estudia Marañón de forma original y típica «La pasión de mando», en su biografía sobre «El Conde-Duque de Olivares», del que dice «fue víctima de su error capital, el error cronológico. Era un Don Quijote que llegó con un siglo de retraso al gobierno de España». Igualmente presenta como víctimas de esta pasión de mando a otras figuras de la historia española: Antonio Pérez y su amiga la Princesa de Eboli, y al propio Felipe II.

Para acabar de aclarar el asombroso relieve del genio psicológico y sociólogo de Marañón, convendría aún analizar sus bellos trabajos sobre el gesto, las multitudes, la cultura, etc., y sobre todo sus estudios sobre las grandes figuras hispánicas: Vives, Huarte, Enrique IV de Castilla, Feijóo, Menéndez y Pelayo, Ramón y Cajal, etc., de los cuales no podemos hacer ni siquiera una completa enumeración. A todo esto queda por añadir las pequeñas historias de las personas y los lugares, que entremezcla sabiamente con la historia y que son tan interesantes y apasionante como aquélla, así como también muestra del talento excepcional del maestro objeto del presente artículo.—M. N. R.